



Fui alumno primero, y compañero después, del autor de esta sugestiva novela *La caída del águila*. Como alumno, escuché con interés y con provecho, las sabias y amenas lecciones del insigne profesor de Lengua Castellana y de Psicología. Como compañero, en la sala de profesores del colegio de segunda enseñanza en la que trabajábamos, asistí a la charla sugestiva de aquel director que ocultaba, tras una sencillez, bondadosa, una cultura extrema.

A veces, después de un silencio que anunciaba muchas cosas, decía Gagini: [Curioso lo que me pasó a mí! Acompañaba la frase con dos golpes secos de tos y, luego de aspirar convoluptuosidad el humo del inseparable cigarro, empezaba un relato de fantasía inagotable. En esos momentos fingía contarnos lo que de raro le había sucedido. En realidad, en su imaginación creadora, poderosa cual ninguna, daba vida a algo nuevo, jamás acaecido.

Hija de esa fantasía exuberante es, precisamente, la novela que publicó bajo un título que es toda una promesa: *La caída del águila*.

Se adelanta al tiempo. Ausculta el provenir, mira en que han de ser, a su juicio, las pequeñas repúblicas de Centroamérica. Sin aspiraciones de ninguna clase, han caído en poder de una nación poderosa que se llama, a sí misma, la tierra de la libertad.

La civilización, que no la cultura, arriba a nuestra playas agradecidas. Sin embargo, hay un grupo de descontentos. Un japonés de alma tan pequeña como diminuto es su cuerpo. Un alemán que aun siente sangrar las heridas que la guerra causó en la patria lejana que hasta pocos años antes no había

conocido las amarguras de la derrota. Tres centroamericanos, ansiosos de ver, de nuevo, libres sus tierras benditas por las que lucharía sin reposo, al igual de los valientes del cincuenta y seis.

El secreto los cinco piratas de la Isla misteriosa del Coco preparan explosivos de potencia inaudita. Fabrican submarinos casi invisibles. Lanzan aviones que vuelan en silencio y en silencio destruyen cuanto ha de ser eliminado para obtener la libertad por la que todos suspiran.

Con tanto elemento de ruina logran hundir acorazados y obstruir canales interoceánicos. Para ellos y por ellos ha sido borrada de la mente de los humanos la idea de lo imposible.

No es de odio, no es de venganza, el impulso que los orienta. Hay en ellos, solamente, ansias de justicia.

Y cae el águila de agudas garras despiadadas, de corvo pico inclemente. ¡Tanto puede la cólera de un puñado de hombres que quieren seguir siendo libres!

El relato es de una naturalidad exquisita. Pareciera estar escuchando al Maestro Gagini quien, después de dos golpes de tos seca y luego de aspirar con voluptuosidad el humo de inseparable cigarro, ¡Curioso lo que me pasó a mí!